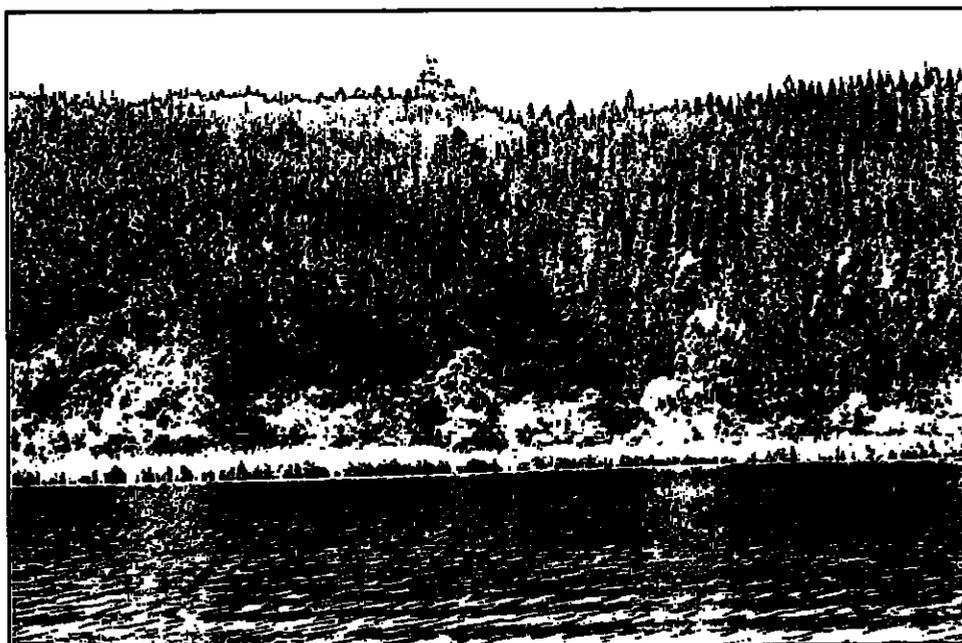


Las plantaciones no son bosques

Movimiento internacional por los bosques*



EL VERDADERO CARÁCTER DE LAS PLANTACIONES FORESTALES

Una de las principales razones que explican por que las plantaciones forestales a gran escala son promovidas a nivel global, en tanto enfrentan una gran oposición a nivel local, es la manipulación de los conceptos y de la información dirigidos al público desinformado. Los árboles —cualquiera sea— son presentados como sinónimos de bosques y la mayoría de la gente percibe, con razón, a los bosques como algo bueno y necesario para la Humanidad. El hecho de que las plantaciones no tienen nada en común con los bosques no es tan fácil de entender por parte del público en general y en particular por el que reside en ambientes urbanos.

* Instituto del Tercer Mundo - Jackson 1136. Montevideo (Uruguay)

Tel 598 2 409 61 92 - Fax 598 2 401 92 22 Correo electrónico: wrm@chasque.apc.org - Página web: <http://www.wrm.org.uy>

Las plantaciones no son bosques

Por el contrario, las poblaciones locales pueden ver claramente la diferencia. Poco tiempo después que se instalan los monocultivos forestales a gran escala, éstas comienzan a percibir —y a sufrir— dicha diferencia. La fauna autóctona empieza a escasear en el área y en las cercanías de las plantaciones es casi inexistente. Los cambios en el ciclo hidrológico producen escasez de agua y en algunos casos incluso dan lugar a inundaciones superiores a lo normal luego de intensas lluvias. Las plantas útiles desaparecen. Los cursos de agua se deterioran por causa de la sedimentación resultante de la erosión de suelos generada por las plantaciones. El manejo de las plantaciones genera contaminación química por el intenso uso de agroquímicos. Estos cambios tienen fuertes implicaciones para los medios de vida de las poblaciones locales. La parte fundamental de su dieta. La disponibilidad segura de agua es básica para sus actividades agrícolas y de cría de animales. Los bosques suministran forraje, lana, medicamentos, madera para la construcción, materiales para quinchado, fibras y muchos otros productos y servicios. Las plantaciones no ofrecen nada de esto y para peor privan a la gente de la mayor parte de la tierra agrícola disponible, que pasa a ser propiedad de una gran compañía.

Sin embargo, las plantaciones son promovidas en todo el mundo como «bosques plantados». ¡Cómo si un bosque —con su complejidad de interacciones de las que participan seres humanos, energía, clima, suelo, agua y biodiversidad— pudiera ser plantado! Tarde o temprano la gente empieza a darse cuenta que las plantaciones no son «bosques». Es entonces cuando las compañías plantadoras recurren a otro tipo de argumentos para tratar de convencer a la opinión pública de que las plantaciones, aun admitiendo que no son bosques, son algo bueno. Uno de los argumentos más usados en este sentido es el de que «las plantaciones ayudan a aliviar la presión sobre los bosques nativos», suministrando productos que, en caso contrario, tendrían que ser obtenidos del bosque. Este argumento resulta atractivo, en especial para el número creciente de personas preocupadas por la deforestación... pero lamentablemente también es falso.

En efecto, todas las plantaciones en países tropicales han provocado, directa o indirectamente, la destrucción de los bosques nativos. La mayoría de las compañías plantadoras cortan los bosques para librar espacio para las plantaciones. Por otra parte, los monocultivos forestales de rápido crecimiento están más que nada destinados a abastecer la industria de la pulpa, por lo que no alivian en absoluto la presión sobre los bosques que ejercen las industrias del aserrado y de laminado. Lo que es más, muchas compañías productoras de pulpa y papel que instalan plantaciones para abastecer sus fábricas, también utilizan maderas tropicales como materia prima. Ello sucede tanto previo a que las plantaciones alcancen la edad de ser explotadas, como simultáneamente con el uso de la madera proveniente de éstas.

A medida que se comprueba la falsedad de cada uno de sus argumentos, las compañías recurren a los servicios de «expertos» para que les inventen otros nuevos, procurando presentar este modelo insustentable de forestación como aceptable para diferentes tipos de audiencias. Uno de ellos es que las plantaciones generan empleos. El hecho de que las plantaciones eliminan más puestos de trabajo de los que generan y que la calidad de dichos empleos sea deficiente parece ser algo irrelevante para estos «expertos». Lo mismo sucede con el argumento de que las plantaciones son necesarias para satisfacer la creciente demanda de papel en un mundo crecientemente alfabeto. Este argumento esconde el hecho de que aproximadamente el 40 % del papel producido termina siendo usado para empaquetado y envoltorio, así como el hecho que los países del Sur que exportan pulpa a partir de sus extensas plantaciones (como Indonesia, Brasil, Sudáfrica o Chile) consumen 10 veces menos papel que los países industriales.

La inventiva de estos «expertos» para probar lo imposible parece inagotable. Lo cierto es que las plantaciones no son más que cultivos de árboles cuya finalidad es asegurar la demanda futura de la industria de la pulpa y el papel, una vez que sus fuentes tradicionales de suministros, vale decir los bosques nativos, se vean agotados. Como cualquier otra industria, su propósito es producir, vender y obtener ganancias. La diferencia es que esta industria —que en realidad es una de las más contaminante y destructivas del mundo— quiere presentar sus plantaciones como un operativo de «reverdecimiento del mundo». Los árboles son verdes... al igual que el dólar, siendo éste el único color que realmente les interesa.

Árboles, bosques y clima

Movimiento mundial para los bosques*

La Conferencia de las Partes (COP4) de la Convención Marco sobre Cambio Climático se ha reunido durante las dos primeras semanas de noviembre de 1998 en Buenos Aires. La mayor parte de la discusión se centra en el papel de los bosques como sumideros de carbono, al tiempo que muchas de las negociaciones habrán de incluir acuerdos entre países del Norte y del Sur sobre como comercializar emisiones y sumideros: nosotros emitimos, ustedes ponen los sumideros.

En tanto el mundo entero está expectante de que la COP4 aporte soluciones al calentamiento global, el hecho es que muchos gobiernos del Norte —y en especial aquellos de los países donde se registran las mayores emisiones— procurarán comercializar la mayor parte de sus emisiones, en lugar de limitarlas en la fuente. Por otro lado, muchos gobiernos del Sur estarán deseosos de vender sus sumideros al mejor precio posible. Si todo esto no fuera trágico, resultaría hasta cómico: la humanidad esta enfrentada a una grave amenaza y mientras tanto los gobiernos juegan con cifras y dinero en lugar de implementar reales soluciones.

Además de lo anterior, hay toda una serie de problemas que colaboran a confundir la cuestión aún mas. Por ejemplo, la definición de bosques, la confusión entre reservorios y sumideros de carbono, la visión reduccionista sobre los bosques y la cuestión de si las plantaciones forestales pueden ser sumideros de carbono.

Las negociaciones en torno al cambio climático toman la definición de bosques dada por la FAO, según la cual un bosque es «un ecosistema con un mínimo de un 10 % de cubierta de copas de árboles y/o bambú, generalmente asociado a una flora y fauna silvestre, condiciones de suelos naturales, sin estar sujetos a prácticas agrícolas». El termino «bosque» es luego subdividido, de acuerdo con su origen, en dos categorías: bosques naturales y bosques plantados. Los primeros serían «bosques compuestos de especies forestales, conocidas como autóctonas de la zona», mientras que los bosques plantados se subdividen a su vez en: a) «establecidos artificialmente por forestación de tierras donde antes no había bosques que se recuerde» y b) «establecidos artificialmente por forestación de tierras que antes eran boscosas; repoblación que lleva consigo la sustitución de las especies autóctonas por especies o variedades genéticas nuevas o esencialmente diferentes».

Por sorprendente que pueda parecer, esta definición ha permanecido básicamente incontestada hasta ahora. Cualquiera puede darse cuenta que una plantación no es un bosque. Sin embargo, los «expertos» confunden ambos conceptos y definen como «bosque» toda área cubierta de árboles. El único caso en que una plantación podría ser denominada bosque es aquel en que un área originalmente cubierta de bosques es replantada con las especies de árboles y arbustos nativos del lugar. Sin embargo, ¡esta categoría esta explícitamente excluida de la definición de bosques plantados!

Desde nuestro punto de vista, las plantaciones forestales tienen sólo una cosa en común con los bosques: están llenas de árboles. No obstante, ambos son esencialmente diferentes. Un bosque es un sistema complejo, autorregenerado, que comprende suelo, agua, microclima, energía y una amplia variedad de plantas y animales en relación mutua. Una plantación comercial, en cambio, es un área cultivada cuya estructura y especies fueron simplificadas drásticamente para producir unos pocos productos, sea madera, leña, resinas, aceites o frutos. Una plantación de árboles, a diferencia de un bosque, tiende a tener un estrecho rango de especies y edades y requiere una amplia y continua intervención humana. Las plantaciones están

* Instituto del Tercer Mundo - Jackson 1136. Montevideo (Uruguay)

Tel 598 2 409 61 92 - Fax 598 2 401 92 22 Correo electrónico: wrm@chasque.apc.org - Página web: <http://www.wrm.org.uy>

mucho más próximas a un cultivo agrícola industrial que a un bosque —en el sentido usual del término— o a un cultivo tradicional.

Las plantaciones, que consisten en miles o incluso millones de árboles de la misma especie, cultivados por su rápido crecimiento, uniformidad y alto rendimiento de materia prima, e implantados en rodales coetáneos, requieren de intensiva preparación de suelo, fertilización, establecimiento con espaciamiento regular, selección de plantones, desmalezado mecanizado o mediante herbicidas, uso de pesticidas, raleo, cosecha mecánica y, en algunos casos, raleos.

La anterior no es una discusión ociosa o meramente académica. Aceptar la definición de la FAO implica aceptar las plantaciones como un sustituto de los bosques y, por tanto, aceptar que, siendo «bosques», tienen un papel positivo que cumplir desde el punto de vista social y ambiental. Esto es completamente falso. Existe amplia documentación en el sentido que los monocultivos forestales con fines industriales tienen un efecto negativo para la gente y el ambiente en diferentes países, e incluso que en muchos casos han sido una importante causa de deforestación. Por lo tanto reclamamos que la FAO —y quienes aceptan sus definiciones— denomine a los «bosques naturales» simplemente bosques (primarios y secundarios) y que a los «bosques plantados» los llame plantaciones.

Una segunda confusión importante es la que existe entre lo que son reservorios y lo que son sumideros de carbono. Un bosque maduro es un reservorio de carbono. El volumen de carbono que toma de la atmósfera a través de la fotosíntesis está en equilibrio con las emisiones del mismo.

La cantidad de carbono que este bosque contiene es básicamente la misma todo el tiempo. Si es destruido, el carbón almacenado será liberado —tarde o temprano— a la atmósfera, contribuyendo de ese modo al efecto invernadero.

Los bosques que han sido cortados y se regeneran pueden ser muy eficientes en la captura de carbono (tanto los árboles como el sotobosque) y por lo tanto, a las otras igualmente importantes funciones que cumplen, puede agregárseles la de sumideros de carbono. A medida que los árboles van creciendo, van tomando carbono en cantidades mayores a las que emiten, de modo que tienen un balance neto positivo respecto de la cantidad de dióxido de carbono (el principal gas de efecto invernadero) en la atmósfera.

Por otra parte, las plantaciones forestales —que han sido propagandeadas como los principales sumideros de carbono— tienen todavía que demostrar que son tales. En términos generales, cualquier área cubierta de plantaciones, en ausencia de pruebas en contrario, debería ser considerada una fuente neta de carbono y no un sumidero. En muchos casos, estas plantaciones han sustituido a los bosques primarios o secundarios, lo que ha determinado que los volúmenes de carbono liberados sean mayores a los que la plantación en crecimiento podría capturar, incluso en el largo plazo. Hay además una segunda cuestión crucial: ¿estas plantaciones serán cosechadas o no? De darse la primera hipótesis serían, en el mejor de los casos, tan sólo sumideros temporarios: el carbono es almacenado hasta la cosecha para luego ser liberado en pocos años (en algunos casos incluso en meses) cuando el papel u otros productos provenientes de las plantaciones son destruidos. En el caso de que los árboles no fueran cosechados, las plantaciones estarían ocupando millones y millones de hectáreas que podrían estar dedicadas a propósitos mucho más provechosos, como la producción de alimentos. Hay finalmente otro tema vinculado con los cambios que una plantación forestal introduce en el ambiente local. La conversión de humedales en plantaciones puede, por ejemplo, provocar la liberación de importantes cantidades de dióxido de carbono directamente desde el suelo.

O sea que existen muchas incertidumbres en relación con la suposición de que las plantaciones son, en todo lugar, sumideros de carbono por un lapso mayor que el período temprano de rápido crecimiento, dado que pueden no serlo siquiera en ese período. Esta suposición de «sentido común» debe ser respaldada con investigaciones antes de que las plantaciones sean aceptadas como sumideros de carbono.

La distinción entre reservorios y sumideros de carbono no es tampoco una cuestión tan sólo teórica. La conservación de un bosque no puede ser considerada una medida para mitigar el calentamiento global, sino una acción para evitar que este problema se agrave. En este sentido puede establecerse una analogía entre un bosque y un depósito de petróleo bajo tierra. Si el petróleo permanece allí, la actual situación no mejorará, sino que no se agravará. Por lo tanto, la conservación de los bosques debería ser visualizada como una necesidad a los fines de evitar mayores problemas.

Por otro lado, es cierto que el crecimiento de los bosques secundarios puede tener un efecto beneficioso. Sin embargo, hasta ahora, los gobiernos y los «expertos» han puesto énfasis en las plantaciones (y no en los bosques secundarios) como una de las principales soluciones para el calentamiento global. Ello está vinculado con la polémica antes mencionada respecto de la definición de que es un bosque, así como con la discusión que cuestiona el enfoque reduccionista en relación con los bosques.

En relación con el cambio climático, los bosques son vistos exclusivamente como depósitos de carbono; a nivel forestal, éstos son asimilados a madera para la industria; la agricultura los ve como un obstáculo para los cultivos; para la industria farmacéutica son una fuente potencial de plantas medicinales. Estos enfoques, considerados aisladamente uno de otro, están errados. Los bosques contienen en sí todas estas funciones potenciales, pero sólo si son vistos como un todo y no como partes divisibles. Cuando, por el contrario, son visualizados y tratados como si cumplieran sólo una función, se generan impactos negativos para la sociedad y el ambiente a nivel local.

Es obvio que un enfoque de este tipo es el que está implícito en el siguiente argumento, promovido por algunos «expertos»: dado que los bosques primarios no son más que reservorios —y no sumideros— de carbono, entonces tendría sentido cortarlos, convertirlos en bienes durables (de modo que el carbono permanezca en la madera que constituye dichos «bienes durables» hasta tanto sean destruidos) y plantar en su lugar monocultivos forestales de rápido crecimiento (los cuales supuestamente habrán de tomar carbono extra de la atmósfera). Un economista diría que ésta es una solución en la que todos salen ganando. Sin embargo, los bosques no sólo son reservorios de carbono. De hecho cumplen una serie de funciones desde el punto de vista ambiental y social, irremplazables por cualquier plantación. La situación es en realidad entonces una en la que muchos salen perdiendo: las comunidades locales, las cuencas, la flora y fauna locales, la producción agrícola, etc.

El enfoque reduccionista, que ve a los bosques y los árboles como reservorios o sumideros de carbono es también antagonista con la política de conservación de la biodiversidad a la que se han comprometido los gobiernos de todo el mundo, en especial cuando se promueven las plantaciones en gran escala como la mejor solución al problema. Esta contradicción fue señalada por la Conferencia de las Partes de la Convención de Diversidad Biológica (Bratislava, 1998) cuando expresaba:

«Toma nota de los posibles efectos de la forestación, reforestación, degradación forestal y deforestación sobre la diversidad biológica forestal y sobre otros ecosistemas y, en consecuencia, pide al Comité Ejecutivo que establezca contactos y coopere con la Secretaría de la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre Cambio Climático ... para alcanzar los objetivos de la Convención sobre la Diversidad Biológica». Lo que traducido significa: ustedes están visualizando a los bosques y las plantaciones sólo desde un punto de vista estrecho, olvidando que los bosques (y no las plantaciones) son esenciales para la conservación de la biodiversidad.

Tanto desde una perspectiva social como ambiental (incluyendo el tema cambio climático, pero no limitándose a él) apoyamos calurosamente la conservación de los bosques, tanto de los primarios como de los secundarios. Con la misma fuerza nos oponemos a la conversión de los bosques, las tierras forestales y las praderas en monocultivos forestales —supuestamente «sumideros de carbono»— que implican un solo (dudoso y no probado) impacto positivo (la captura de dióxido de carbono), acompañado de toda una serie de impactos negativos para los medios de vida de la gente y su ambiente.

La COP4 debería entonces centrarse en la parte de la ecuación relativa a las emisiones: limitación del uso de combustibles fósiles, incluyendo el tan propagandeado gas natural. Esto implicaría compromisos reales de reducción de emisiones por parte de los países del Norte. En cuanto a la otra parte de la ecuación —la referida a los reservorios— la Conferencia de las Partes debería apoyar otros procesos internacionales en curso, que apuntan a la conservación de los bosques. Respecto de los sumideros, debería suministrar incentivos sólo para la regeneración de los bosques secundarios en todos los países del mundo —y no sólo en el Sur— con participación de aquellas comunidades locales que aspiren a tener una oportunidad real de recuperar sus bosques. Y poner donde corresponde la absurda idea de cubrir millones de hectáreas de tierras fértiles con «sumideros de carbono» bajo forma de plantaciones forestales: en el tacho de basura.